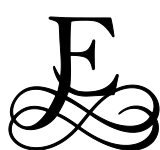


Finis Coronat Opus (El fin corona la obra).
Número homenaje al historiador del arte Matías
Díaz Padrón

Finis Coronat Opus (The End Crowns the Work).
Tribute Issue to the Art Historian Matías Díaz Padrón

Ana Diéguez-Rodríguez¹

Editora



Este número extraordinario de *Philostrato* está dedicado al trabajo y la vocación de uno de los últimos historiadores del arte españoles más prolíficos y generosos de los últimos sesenta años: L. Matías Díaz Padrón (1935-2022).

Era una obligación que la propia revista tenía con él, pues formó parte de su gestación y la impulsó con entusiasmo. Así lo entendió el consejo editorial de *Philostrato* que apoyó y valoró muy positivamente este monográfico. Personalmente, me siento muy honrada por ser la persona asignada para su edición, y agradezco tanto al consejo editorial de la revista como a todos los autores, que tan desinteresadamente han querido participar con sus investigaciones en este tributo, su paciencia y entusiasmo en esta iniciativa.

La máxima latina *Finis Coronat Opus* extraída de la imagen del filósofo en profunda meditación que ilustra la portada de este monográfico, es muy persuasiva de la vida y labor de Matías Díaz Padrón. El término de la vida es el que ha puesto el punto final a la labor continuada y callada de este historiador con una profunda vocación humanista. Sus hondos conocimientos, no solo de historia y arte, su curiosidad innata, su independencia, tolerancia y responsabilidad, hicieron de Díaz Padrón un maestro de generaciones y materias que se salen de lo puramente académico.

Toda su producción ha quedado coronada por sus aportaciones, que seguirán dando luz y sugerencias para que otros continúen el camino. Pero también a través de los estudiantes que tuvimos la suerte de conocer su

¹  <http://orcid.org/0000-0003-0510-8670>

magisterio de primera mano. Una forma de acercamiento a la historia del arte partiendo de la propia obra, sin miedo a aproximarse a ella, y que no muchos han sabido entender y enseñar, pero que Díaz Padrón tan bien dominaba e instruía sin complejos.

Por esta diversidad de conocimientos y de las áreas que trabajó a lo largo de su vida – Magdala García hace una recopilación y resumen de las mismas en estas páginas-, las colaboraciones recogidas en este monográfico son testimonio de la solidez de sus aportaciones y las vías que abrió, en muchos casos pioneras, para el estudio de la historia del arte que se dio en España durante la Edad Moderna.

Los siglos XV al XVI del arte flamenco están representados por el estudio de Roberto Muñoz en torno a la serie de tapices de los *Triunfos* que pertenecieron a Isabel la Católica partiendo del que compró el Estado español en fechas recientes: el *Triunfo del Tiempo*. Isabelle Lecocq pone en contexto el trabajo de Richard Hoesman en Lieja, y la importancia de sus diseños introduciendo fórmulas italianas en fechas tempranas dentro de los territorios flamencos. Véronique Bücken rescata una nueva obra de la producción del prolífico y relevante Maestro de Pablo y Barnabás, que trabaja en los años centrales del siglo XVI en Flandes y que cuenta con una importante producción localizada en España. Carmen García-Frías reflexiona de forma muy adecuada sobre Michiel Coxcie y las pinturas en relación con las colecciones reales de los primeros Austrias. Finalmente, dentro del siglo XVI flamenco y del apartado varia de este monográfico, yo misma, resuelvo el dilema en torno al busto femenino de la colección del museo de Bellas Artes de Bilbao al ponerlo en relación con el trabajo del pintor flamenco, Bernaert de Rijckere, muy poco conocido en los círculos populares y habitualmente confundido con Frans Floris.

El retrato de los siglos XVI, XVII y XVIII tiene su presencia a través de los artículos de Almudena Pérez de Tudela, Juan María Cruz Yábar, Jahel Sanzsalazar y Francisco Manuel Valiñas López. Pérez de Tudela destaca la presencia de otros artistas procedentes de la corte de Saboya dentro de la corte de Felipe II y cómo su labor también dejó otra forma de entender la codificación del retrato cortesano, aportando datos documentales precisos de gran interés. En relación con los retratos de corte, Valiñas López reflexiona sobre el mensaje final del *Retrato de la familia de Felipe V* de Louis-Michel van Loo. Fuera del ambiente cortesano, pero dentro de la sociedad acomodada del momento, Cruz Yábar identifica de forma coherente los retratos de los dos jóvenes de cuerpo entero de Anton van Dyck conservados en el Kunshistorisches Museum de Viena con los hijos de Jan van Vucht, promotor del lienzo del *Martirio de san Andrés* de Rubens que se colocó como escena principal de la capilla de los flamencos en el hospital de san Andrés que esta nación había fundado en la capital. Por otro lado, Sanzsalazar introduce el *Retrato de sir Arthur Hopton y su secretario* del Meadows Museum de Dallas, que Díaz Padrón planteó como una obra del pintor brujense Jacob I van Oost, y ahora encuentra datos más concretos sobre esta

relación del representado y el pintor, cerrando así el círculo en torno a todas las incógnitas planteadas por este personal retrato en un interior.

En correlación con los trabajos comenzados por Díaz Padrón en torno a la pintura flamenca del siglo XVII, también están las aportaciones de Sirga de la Pisa, José Javier Azanza López y Manuel Vilches Morales. La primera, con un interesante trabajo historiográfico sobre la recepción de la figura de Peter van Lint en Lázaro Díaz del Valle y el uso de fuentes escritas, pero también visuales como es el grabado de Jan Meyssens, para pergeñar las notas que sobre el pintor flamenco aporta el historiador español, completando así esa primera anotación de Díaz Padrón citando a Díaz del Valle en su artículo sobre el pintor flamenco de 1978. Azanza López y Vilches Morales retoman la guirnalda realizada en colaboración entre Jan Philip van Thielen y Erasmus II Quellinus que Díaz Padrón ya había incluido en su exposición homenaje a Rubens en el año 1977, y que los investigadores estudian tanto en su historia externa como en su significación dentro de la tipología de estas pinturas y sus fuentes visuales y naturales.

Los trabajos de Gloria Martínez Leiva y de Mercedes Simal destacan respecto a la configuración de las colecciones de la nobleza en torno a la monarquía hispana del siglo XVII. Por un lado, el II conde de Solre en Madrid, y por otro los IV marqueses de Castel Rodrigo en Cusano, son dos ejemplos muy elocuentes de estos comportamientos. La importante base documental de ambos trabajos queda patente en los anexos a sus reflexiones y auguran que serán de gran interés y uso para futuros investigadores.

Finalmente, los trabajos de Eloy González Martínez y de Claire van Nerom, completan esa visión de la amplitud de intereses y producción de Díaz Padrón. La pintura española fue también una de sus inclinaciones naturales, no sólo la del siglo XVII con Velázquez y Murillo, sino muy especialmente la del siglo XVI. Eloy González contribuye con una reflexión sobre la importancia de ir definiendo escuelas y maestros en relación con la amplia y versátil escuela castellana de ese periodo, tomando como base las pinturas del retablo de la capilla Talavera en la Catedral vieja de Salamanca y las pinturas del retablo de la iglesia de san Pedro en Garrovillas de Alconétar.

Van Nerom se centra en los referentes iconográficos que pudo tener Caravaggio para la composición de su *San Juan Bautista* de la catedral de Toledo. Unas sugerencias interesantes respecto al uso de las fuentes clásicas en el maestro italiano.

Y es que las relaciones entre la península italiana, los antiguos territorios flamencos y la monarquía hispana configuran un entramado de influencias y correspondencias mutuas en las que hay que seguir profundizando. La gran exposición celebrada en Mantua a finales del año pasado en torno a Rubens y la influencia de esta corte ducal en la obra del flamenco, es reseñada de forma magistral por Macarena Moralejo Ortega.

La universalidad del saber de Díaz Padrón y su generosidad son testimonio tanto de todas estas contribuciones como de otros colegas y amigos que, aún

con la intención y las ganas de participar, sus obligaciones diarias se lo han impedido muy a su pesar – debido en parte a la imposición de los tiempos de edición-, pero a los que como editora de este número extraordinario estoy igualmente agradecida.

Matías Díaz Padrón demostró con su vida que el magisterio no sólo se ejercer en una disciplina sino en todas las facetas de la vida. Su final ha coronado toda su obra, pero no se cierra en ella, sino que se abre a todos aquellos que se acerquen a su sabiduría e intuición.

Madrid, marzo de 2024